

Reseña de libro
Prometeo en Occidente
Javier Aliaga

Universidad Católica Silva Henríquez, Chile



Prometeo en Occidente
Javier Aliaga
Edición independiente

El mito de Prometeo ha acompañado a la cultura occidental durante siglos como una imagen insistente: la del ser que roba el fuego para entregarlo a los hombres y, por ese gesto, queda condenado a un castigo interminable. No se trata solamente de una historia antigua. Como ocurre con muchos mitos, su persistencia parece indicar que allí se condensa algo que la cultura no termina de elaborar del todo.

Prometeo en Occidente parte de esa intuición. El libro no busca reconstruir el mito desde una perspectiva erudita ni ofrecer una interpretación definitiva de su significado. Más bien se acerca a él como a una escena que continúa resonando en la experiencia cultural de Occidente. En esa escena, el fuego aparece como símbolo ambiguo: es el principio que inaugura la técnica, el conocimiento y la posibilidad de transformar el mundo; pero también es aquello que introduce un exceso que no puede ser completamente controlado.

Desde esta perspectiva, Prometeo puede leerse como una figura que expresa algo de la relación ambivalente

que la cultura mantiene con sus propias creaciones. El fuego que permite construir ciudades, herramientas y saberes es el mismo que puede devorar aquello que produce. La civilización se sostiene sobre ese gesto inaugural: un acto de apropiación que abre posibilidades inéditas, pero que también introduce una tensión permanente entre creación y castigo.

El ensayo sigue algunas huellas de esa tensión en la historia cultural de Occidente. No lo hace como una genealogía exhaustiva, sino más bien como una exploración de imágenes que reaparecen en distintos momentos: el entusiasmo por el progreso técnico, la confianza en que el conocimiento puede liberar al ser humano de sus límites, y, al mismo tiempo, la sospecha de que ese mismo impulso puede volverse contra quien lo ejerce.

En ese sentido, el mito de Prometeo funciona como una especie de espejo cultural. Allí donde Occidente ha celebrado su capacidad de transformar el mundo, también ha aparecido la inquietud por las consecuencias de

ese poder. El fuego prometeico funda una cultura, pero también la expone a su propia desmesura.

Leído desde una sensibilidad cercana al psicoanálisis, el mito puede sugerir algo más. No solo habla de un origen cultural, sino también de una repetición. El gesto prometeico –transgredir un límite para acceder a un saber o a un poder– parece reaparecer una y otra vez en distintas formas de la experiencia histórica. Como si la civilización estuviera animada por un impulso que la empuja constantemente hacia el exceso que ella misma teme.

En el libro, esta repetición no se presenta como una tesis cerrada, sino como una intuición que atraviesa distintos momentos de la cultura occidental. Los relatos culturales y ciertas imágenes persistentes parecen volver una y otra vez sobre la misma escena: la creación que se vuelve contra su creador, la obra que termina por desbordar la intención que la originó. El fuego que permite levantar una cultura puede también consumir aquello que ha fundado.

Tal vez el mito de Prometeo conserve su fuerza precisamente porque señala algo que las culturas tienden a olvidar en los momentos de mayor confianza. Cada civilización, cuando alcanza su punto de mayor expansión, suele imaginar que ha logrado estabilizar su mundo. Sin embargo, es justamente en esos momentos cuando aparece nuevamente el gesto prometeico: la transgresión de un límite en nombre de una promesa mayor.

El mito sugiere que toda cultura se organiza alrededor de una frontera que no puede atravesar sin consecuencias. Aquello que en el relato aparece como los dioses podría pensarse también como el orden mismo que la cultura establece para sostenerse. Prometeo, en cambio, encarna el acto que desafía ese orden: no necesariamen-

te para destruirlo, sino para forzarlo a ir más allá de sí mismo.

El fuego que roba no es solo una herramienta o un conocimiento. Es la marca de un límite atravesado. Gracias a ese fuego se funda una civilización, pero al mismo tiempo se introduce una tensión que ya no puede resolverse completamente. La cultura se construye entonces alrededor de ese exceso: necesita del gesto que la inaugura, pero también debe cargar con su consecuencia.

Desde esta perspectiva, el castigo de Prometeo adquiere un sentido distinto. No aparece simplemente como la sanción de una falta, sino como la marca que acompaña a todo acto creador que se atreve a desafiar el orden establecido. El fuego permanece entre los hombres, pero su presencia recuerda siempre el precio de haberlo robado.

Quizá por eso la imagen del ave que vuelve cada día a devorar el hígado del titán conserva una fuerza tan inquietante. El castigo no ocurre una sola vez: se repite. Cada día la herida se abre nuevamente, como si el acto que inauguró el fuego no pudiera cerrarse del todo. El hígado vuelve a crecer, el ave vuelve a descender, y la escena recomienza.

Tal vez esa repetición diga algo sobre la propia historia de las culturas. Cada época vuelve a acercarse al fuego que la funda, cada civilización vuelve a atravesar el límite que la sostiene. Y con ese gesto, también regresa el ave.

Porque el fuego prometeico no desaparece. Permanece encendido en la cultura, iluminando y amenazando al mismo tiempo. Y quizá por eso Prometeo sigue encadenado en la memoria de Occidente: no porque el fuego haya sido devuelto a los dioses, sino porque aún no sabemos qué hacer con él.

Referencias

Aliaga, J. (s/d) *Prometeo en Occidente*. Edición independiente.